

Un grabado del siglo XVI que podría representar la catequización del Inca Tupac Amaru I

La afición por coleccionar objetos de arte de la época virreinal nos animó hace más de 10 años, a interesarnos en la compra de una antigua pintura al óleo sobre metal de la Virgen del Rosario, que estaba siendo ofrecida por un conocido anticuario de Lima.



La presentaba en un bastardo marco de madera con el reverso cubierto por una tapa de cartón. Según versión del vendedor, se mantenía dicha cubierta para esconder un extraño y antiestético dibujo, que aparecía en la cara posterior de la lámina.

Luego de intensos regateos de estilo adquirimos la pieza y de inmediato la desmontamos con ansiosa curiosidad, descubriendo que el extraño dibujo en referencia, era en realidad un antiguo grabado sobre plancha de cobre, sin firma y sin fecha. Su composición es vertical y mide 35.5 cm. por 25.5cm.



Pasamos a describir su tema:

Un personaje indígena arrodillado, recibe admoniciones de un sacerdote católico y expulsa de su cuerpo víboras y otras alimañas, a manera de alegórico exorcismo. A la izquierda, un ángel coloca una corona de laureles en su cabeza. A la derecha, un demonio se agita desdeñado. En la parte superior, dos ángeles reciben en el cielo a otros dos personajes, también indígenas, mientras un tercer ángel tiende una escalera para recibir al exorcizado.

Siendo de nuestro principal interés la pintura de la Virgen del Rosario que presentaba el anverso de la plancha, la mostramos en consulta a nuestro antiguo profesor de historia del arte virreinal Dr. Francisco Stastny, quien la consideró como producto de la corriente pictórica italiana que impone en el Virreinato del Perú el Hermano Jesuita Bernardo Bitti a partir de 1575.

De coincidente opinión han sido nuestros dilectos amigos: la historiadora chilena Isabel Cruz, el profesor argentino Hector Schenone, el investigador boliviano José de Mesa y el humanista peruano Juan Manuel Ugarte Elespuru, entre otros

muchos estudiosos del Arte que, posteriormente, vieron la pintura. Estos calificados pareceres nos han llevado a hilvanar las siguientes hipótesis:

1.- Que la indicada plancha de cobre se utilizó originariamente para la elaboración del grabado y que con posterioridad, se usó el reverso como soporte del óleo de la Virgen del Rosario.

2.- Que lo contrario resulta técnica y materialmente imposible, pues el manipuleo, los golpes, las presiones y demás contingencias inevitables durante la incisión del grabado y/o las impresiones consecuentes, habrían causado algún deterioro en la capa pictórica del reverso; efecto que no se ha producido, puesto que el óleo se encuentra intacto y en excelente estado de conservación. Sólo ha sido cuidadosamente limpiado y barnizado por mi esposa Silvia.

3.-Que sí el óleo de la Virgen del Rosario habría sido pintado a partir de 1575, resultaba lógico inferir que el grabado del otro lado de la lámina tenía que haberse elaborado necesariamente en fecha anterior. 4.- Que el curioso tema del grabado, debió haber sido motivado por algún acontecimiento sumamente importante anterior a 1575, pues las técnicas del grabado inciso sobre cobre, en sustitución del antiguo grabado de madera, recién proliferan en Europa desde mediados del Siglo XVI, por lo que confeccionar un grabado de tal naturaleza en aquellos tiempos, sólo puede explicarse como inspirado en un hecho muy importante, digno de perennizarse y sobre todo de difundirse. Gracias a la observación de nuestro condiscípulo y actual académico de la lengua, Dr. Enrique Carrión Ordoñez, es que pudimos advertir que el descrito personaje central de raza indígena del

grabado, portaba grandes orejeras y vestía el Uncu o túnica de los Incas, detalles que lo sindicaba como miembro de la familia real.



Posteriormente, establecimos que el otro personaje central, en razón de su particular indumentaria, era un sacerdote jesuita.

Estos dos últimos derroteros y las cuatro anteriores hipótesis, nos han llevado a conjeturar que el tema del grabado por desentrañar, debe tener relación con algún suceso histórico de gran trascendencia, ocurrido en el Virreinato del Perú, antes de 1575, en el cual estuvieron involucrados los jesuitas y algún dignatario de la nobleza incaica.

Estas divagaciones las hemos ido transmitiendo durante los últimos años a numerosos amigos, dedicados a la investigación histórica y artística que frecuentan nuestra colección como Luis Enrique Tord, Franklin Pease, Eduardo Wuffarden, Eduardo Dargent y Mariano Paz Soldán, entre otros. Nadie las ha contradicho, por lo que nos hemos decidido a buscar por cuenta propia, con las naturales limitaciones del simple aficionado, fuentes históricas que puedan dar alguna luz sobre el acontecimiento motivador del sugestivo tema.

La plancha ha sido exhibida en el Exposición sobre el Grabado Virreinal

Peruano organizada en Lima en 1987 por Ricardo Estabridis y Silvio de Ferrari.

El prolífico investigador histórico, Dr. Antonio del Busto y el gran promotor cultural y actual Director del Museo de Osma, Pedro Gjurinovic Canevaro, me han inducido a publicar el presente estudio que venía manteniendo inédito.

Es así que revisando la Historia General del Perú del jesuita Rubén Vargas Ugarte, Tomo Segundo, bajo el título de “La ejecución de Túpac Amaru” a partir de la página 222, hemos encontrado las siguientes narraciones que pasamos a transcribir en desglosada síntesis:

La prisión del Inca debió tener lugar el 27 de Junio (de 1572)...Toledo no anduvo corto ni lardo en aplicarles la sentencia.....condenando a muerte a Túpac Amaru, a su General Hualpa Yupanqui y a otros indios, que en todo debieron ser cinco, según el relato de Baltasar de Ocampo, el cual añade que sólo dos perecieron en el cadalso, habiendo muerto antes los tres.

Vamos a transcribir la relación del suceso que nos ha dejado el P. Antonio de Vega en su Historia inédita del Colegio (Jesuita) del Cusco. El autor escribía a fines del Siglo XVI, después de muchos años de residencia en aquella ciudad, donde había tratado íntimamente al P. Alonso Barzana (Jesuita), que administró el bautismo al último Inca y a otros muchos testigos de decapitación.

Su testimonio merece, por lo tanto, completa fe. Dice así:

Truxeron los presos (a Túpac Amaru y sus acompañantes) a esta ciudad y condenolos a degollar el Virrey, el P. Rector Luis Lopez y el P. Alonso Barzana, (jesuitas) ciertos y satisfechos de la inocencia del Inga Topa Amaro.

Pusieron los medios posibles par que fuese degollado.....los nuestros (jesuitas) se lo pidieron al Virrey de rodillas, con gran afecto, lágrimas y fervor, no lo pudieron

alcanzar; y al fin, fue sentenciado a degollar.....no se quitaban los nuestros (jesuitas) de su lado, de consistir en esto su consuelo y salvación y después de catequizado en la prisión por los nuestros (jesuitas) e instruido bien en los ministerios de nuestra Santa Fe, le bautizaron a él y a un sobrino suyo.....fueron tantos los indios que concurrieron a la muerte de su Rey y Señor, que los que se hallaron presentes, dicen, que no se podía sin grandísima dificultad romper por las calles y plazas y por no haber de pie se subían los indios a las paredes de las casas y texados y aún los cerros que están a vista desta Ciudad, que son muchos y grandes, estaban llenos de indios. Venían en su acompañamiento muchos caballeros y gente principal y gran suma de religiosos, a los quales rogó con grande cortesía que hiziesen merced un poco apartados y con la mesma cortesía pidió (el Inca) al P. Alfonso Barzana y al Hermano Gonzalo Ruiz, de nuestra Compañía (de Jesús) gran lengua en este Reyno y uno de los que primero fueron recibidos en Lima, recién llegada la compañía, que no se le apartasen un punto del lado y que pues en vida le avían sido verdaderos Padres lo fuesen también en muerte.

Llegado al cadalso que estaba en la plaza pública desta ciudad, muy grande y anchurosa, (el Inca) se hincó de rodillas delante de un cristo que los nuestros llevaban y dixo tales razones lleno de fe y devoción que no pudo dexar de enternecer a los que presentes estaban.

Refiere luego el P. Vega que a una señal del inca cesaron los clamores y alaridos de la multitud y quedó la plaza en silencio, prueba del ascendente que ejercía sobre sus subditos y después de haberlos exhortado a que abandonaran sus idolatrías y permanecieran firmes en la fe, ofreció su cuello al verdugo, que era un indio cañari, el cual de un tajo le cortó la cabeza y la mostró al gentío que prorrumpió en gemidos ensordecedores.

No es sólo el canónigo del Cusco, Juan de Vera, quien se lamenta del proceder de

Toledo en esta parte, también lo hace el P. Luis López, entonces Superior del Colegio de la Compañía del Cusco, cuyas palabras son estas:

Hizo justicia del señor deste Reyno y de sus capitanes el Virrey, catequizolos Barzana, a quien el Señor ha comunicado esta lengua con grandes ventajas; murieron (el Inca y sus acompañantes) con gran edificación desta ciudad y esperanza nuestra de que gozan del Señor; el Virrey se a ayudado de nosotros para cosas universales, pero de suerte que todo el Reyno entendía que ni los buscamos ni le oyamos y yo se lo dezía que por ninguna vía nos mostrase favor si quería que nosotros hiciésemos nuestro oficio, sirviendo a Dio y el Rey y a él así a sido el Señor serbido que nos a librado de ore leonis, porque él está el más aborrecido hombre del mundo y todos los tratan con el.....

Los textos transcritos relatan un dramático, injusto y enervante episodio histórico que el vuelo de la imaginación nos conduce a verlo alegóricamente representado en la plancha de cobre, del siguiente modo:



Inca Túpac Amaru, cautivo y condenado al deguello, es catequizado por el sacerdote jesuita Alonso de Barzana. La fe cristiana recibida le permite expulsar de su cuerpo a los símbolos del paganismo y la idolatría, dejando expedito el ascenso al cielo de su espíritu.

El ángel de la izquierda le sostiene la cabeza que presenta en el cuello la marca premonitoria del tajo decapitador; y lo

corona con los laureles de la victoria final sobre el repugnante demonio de la derecha.



Los dos indígenas que están llegando al cielo, serían los dos únicos sobrevivientes de Vilcabamba que antecedieron al Inca en el cadalso.

La descripción que antecede ha sido admitida entusiastamente por el Historiador, Dr. José Durand Flores.

Podría presumirse que la Compañía de Jesús habría encargado la elaboración del grabado para divulgar la conversión al cristianismo y la salvación eterna del monarca, por obra y gracia de sacerdotes jesuitas, aliviando con ello de algún modo la difícil y grandiosa tarea evangelizadora que emprendieron y cumplieron.

También sería lógico pensar que algunos años después, pasada la resonancia política de la ejecución del último Inca, el grabado perdió actualidad y su reverso fue utilizado por algún pintor local, seguidor del Jesuita Bernardo Bitti, como soporte para pintar el óleo de la Virgen del Rosario.

Hasta aquí nuestras modestas y aventuradas indagaciones. Cedemos el paso a los críticos e historiadores del arte para que contradigan o confirmen las hipótesis expuestas y profundicen estudios esclarecedores sobre la procedencia cronológica, geográfica y la posible autoría, tanto del grabado, como del óleo de la Virgen del Rosario.

Eduardo Barbosa Falconí,
Lima, Julio de 1989